

## Introducción

Todo orden mundial aspira a y parece ser permanente. Preservar el *statu quo* se confunde con la estabilidad, a pesar de que el mundo cambia constantemente en lo que respecta a la distribución internacional del poder, las tecnologías, el desarrollo económico, los retos sociales, los valores y los ideales. Es la capacidad para gestionar el cambio y la reforma lo que determina su estabilidad, ya que la incapacidad para adaptarse da lugar al estancamiento, la decadencia y el colapso.

Las guerras, las revoluciones y el hundimiento de los Estados pueden provocar enormes perturbaciones que desborden la capacidad de adaptación del orden mundial. El fin del Sacro Imperio dio origen al orden mundial moderno que se plasma en la Paz de Westfalia de 1648, basado en un equilibrio de poder entre Estados soberanos. Duró 150 años, pero sufrió una reforma tras fracasar en su intento de mantener el orden tras la Revolución francesa y las guerras napoleónicas. El Congreso de Viena de 1815 se convirtió en su sucesor y duró 100 años, cuando no logró resolver la rivalidad entre imperios industriales en ascenso que desafiaban el liderazgo británico. Tras dos guerras mundiales, la Guerra Fría produjo un nuevo orden mundial basado en la bipolaridad y la rivalidad ideológica, que terminó con el colapso del bloque comunista después de 45 años. El consiguiente orden mundial unipolar de hegemonía liberal duró aún menos, aproximadamente 30 años, hasta que quedó claro que el sistema hegemónico no había logrado ajustarse a las nuevas realidades y que los excesos del liberalismo no habían conseguido generar orden. Han surgido nuevos centros de poder que luchan por restaurar la multipolaridad y rechazan el universalismo liberal.

La transición de un orden mundial unipolar a otro multipolar está encabezada por los gigantes euroasiáticos de Rusia y China, al tiempo que aparentemente cuenta con el respaldo de Estados que representan a la mayoría de la población mundial. El objetivo es volver a un equilibrio de poder en el que se tengan en cuenta los intereses nacionales contrapuestos de las grandes potencias y no se puedan imponer unilateralmente normas con pretensiones de universalismo. Al percibir que un orden mundial basado en la hegemonía y el liberalismo es imperativo para su seguridad nacional, Estados Unidos se ha resistido a las realidades multipolares que se manifiestan económica, política y militarmente.

Un orden mundial perfila un sistema y unas reglas que permitan vivir pacíficamente en el mismo planeta, y un conflicto a la hora de definir ese orden mundial indica que el presente orden está en suspenso y gobierna el caos. No reformar el orden mundial mediante la diplomacia y mecanismos pacíficos hace que el nacimiento del nuevo mundo quede supeditado a la guerra. A finales de la década de 1920, Antonio Gramsci escribió sobre los tiempos difíciles como un periodo de interregno. El término *interregno* designaba originalmente el periodo de transición entre la muerte de un soberano y la subida al trono de su sucesor. Dicho periodo se caracterizaba por una ausencia de autoridad que creaba un vacío político y jurídico. Al tratar de explicar los conflictos que se avecinaban, Gramsci escribió: «La crisis consiste precisamente en que lo viejo está muriendo y lo nuevo no acaba de nacer; en este interregno aparece una gran variedad de síntomas mórbidos»<sup>1</sup>.

## DEFINICIÓN DE ORDEN MUNDIAL

El orden mundial hace referencia a la distribución internacional tanto del poder como de la legitimidad que debe marcar el

---

<sup>1</sup> Z. Bauman, «Times of Interregnum», *Ethics & Global Politics* 5, 1 (2012), p. 49.

sistema de cómo los Estados y los actores no estatales tienen que comportarse para que el orden prevalezca sobre el caos. Por lo tanto, el tema del orden mundial debe abordar las teorías sociológicas de la naturaleza humana, los sistemas económicos y los sistemas políticos.

Desde el colapso del hegemónico Sacro Imperio y la subsiguiente dispersión del poder en Europa, la Paz de Westfalia de 1648 estableció la soberanía estatal y el equilibrio de poder como principales pilares del orden. El orden se basa en el compromiso mutuo para equilibrar colectivamente cualquier impulso expansionista y hegemónico, con vistas a preservar el equilibrio. Los ideales universalistas deben rechazarse en la medida en que se convierten en instrumentos para fomentar la desigualdad soberana y justificar el expansionismo.

El sistema internacional westfaliano se define por la anarquía internacional en tanto que el Estado es el máximo soberano. Consecuentemente, cada Estado se encuentra en una competición perpetua por el poder y la supervivencia en la medida en que aumentar la seguridad de un Estado puede causar inseguridad a otros. A lo largo de los siglos, ha habido tentaciones idealistas de trascender esta anarquía internacional con valores universales y una distribución hegemónica del poder que aspira a desmontar todo el orden westfaliano. En tales casos, el objetivo sería restaurar el equivalente de la *Pax Romana*, una referencia al periodo de doscientos años de hegemonía y universalismo romanos que proporcionó una paz, una prosperidad y un progreso relativos.

Tras la Guerra Fría, Estados Unidos emergió como potencia hegemónica mundial en términos de poder militar, económico, cultural y político. El moderno orden mundial westfaliano, basado en un equilibrio de poder entre iguales soberanos, se vio así cuestionado por su reivindicación de hegemonía y de la universalidad de los valores de la democracia liberal. Así pues, la hegemonía liberal exigió y trató de legitimar la desigualdad soberana, reformulando el anterior orden internacional de soberanía para los Estados civilizados y de soberanía reducida para los Estados <in-

civilizados». Soberanía plena para el Occidente liberal y soberanía limitada para el resto.

Al principio, había grandes motivos para ser optimistas y creer que los valores universales del libre mercado, la democracia y la sociedad civil global crearían un orden mundial totalmente nuevo y benévolo. Cayó el Muro de Berlín, se abandonó el comunismo en Europa del Este, los antiguos rivales Rusia y China dieron prioridad a la amistad con EEUU y el resto de Occidente en su política exterior, la UE asumió un papel socializador al condicionar la adhesión a dicho organismo a reformas democráticas liberales, la Primavera Árabe pareció reformar el gobierno autoritario en Oriente Medio, la expansión de la OTAN aportó una sensación de seguridad a Estados que habían vivido bajo el dominio de Moscú durante décadas, el ascenso económico de China sacó a cientos de millones de personas de la pobreza e impulsó la economía mundial, mientras que los procesos de globalización parecían acercar al mundo.

Se esperaba que la globalización bajo la *Pax Americana* inaugurara una nueva era de estabilidad y prosperidad. En ese momento, se podía argumentar a favor de un orden mundial basado en la hegemonía liberal, en el que los valores democráticos liberales se extendían bajo el liderazgo aparentemente benéfico de EEUU. ¿Qué creó la paz posterior a la Guerra Fría y por qué el orden hegemónico liberal empezó a desmoronarse?

Esta asunción de una hegemonía mundial benéfica, de que el liberalismo económico y político era una bala de plata para trascender la política del poder, resultó ser un espejismo liberal alimentado por la arrogancia. El fracaso de la reforma de la arquitectura de seguridad de suma cero reavivó la rivalidad de la Guerra Fría con Rusia y China. Como cabía esperar, la expansión de la OTAN exacerbó las tensiones con Rusia, ya que Moscú la percibía razonablemente como una amenaza existencial, mientras que el mero ascenso económico de China se convirtió en un desafío a la primacía mundial de Estados Unidos. La globalización como proceso neoliberal y occidentalocéntrico se hizo insostenible cuan-

do la crisis financiera mundial de 2008 puso al descubierto un modelo de desarrollo insostenible. Los excesos del liberalismo son ahora repudiados dentro y fuera de Occidente, lo que ha provocado una polarización en el seno de las sociedades y en el sistema internacional. Un imperio puede permitirse cometer errores mientras los costes puedan absorberse, pero los costes acumulados del imperio, medidos en términos de riqueza y legitimidad, acabaron siendo insostenibles al fracasar el aventurerismo militar de Occidente contra Yugoslavia, Afganistán, Libia y Siria.

El orden mundial basado en una distribución unipolar del poder y legitimado por unos valores democráticos liberales universales ya se ha derrumbado. En un marco temporal aún más amplio, los 500 años de orden mundial liderado por Occidente han llegado a su fin. El presidente francés Emmanuel Macron ha reconocido que «la hegemonía occidental está llegando a su fin». Han surgido nuevos centros de poder que están sentando las bases de un sistema multipolar conforme a los principios del sistema westfaliano. El orden mundial que está tomando forma repudia la globalización occidentalocéntrica en cuanto dominio de las potencias marítimas, liberalismo económico y político, y una sociedad civil global de corte liberal. Occidente tampoco puede seguir imponiendo las condiciones para la aceptación de los Estados como miembros de pleno derecho de la comunidad de Estados soberanos. En consecuencia, se están reorganizando la distribución internacional del poder, los ideales, las normas y la naturaleza de la diplomacia.

## LA GUERRA *PROXY* EN UCRANIA

La guerra *proxy* en Ucrania reveló la grave disfunción del orden mundial hegemónico que ha acelerado la transición a un orden multipolar. Mientras que el orden mundial westfaliano busca un equilibrio de poder para evitar conflictos, el orden unipolar necesita conflictos perpetuos para garantizar la dependencia de los aliados y el debilitamiento de los rivales.

La guerra de Ucrania podría haberse evitado fácilmente si se hubieran seguido los principios westfalianos. Sin embargo, Occidente rechazó la no injerencia y el principio de equilibrio de poder al apoyar un golpe de Estado en 2014 para ampliar la OTAN. Una minoría de ucranianos apoyó el golpe constitucional, y también era minoritario el respaldo a la expansión de la OTAN. Como revelan numerosas pruebas, Occidente sabía que convertir a Ucrania de puente con a bastión contra Rusia probablemente desencadenaría una guerra civil y una invasión rusa. La diplomacia fracasó estrepitosamente, ya que los Estados occidentales admitieron haber utilizado el acuerdo de paz de Minsk de 2015 como la «única vía para una resolución pacífica» con el único fin de ganar tiempo para crear un potente ejército ucraniano. La plataforma pro-paz que le valió a Zelenski la presidencia en 2019 se vino abajo por el apoyo occidental a grupos de extrema derecha ucranianos que hasta el propio Occidente reconoce que están influidos por elementos fascistas.

Tras la invasión rusa, el inminente acuerdo entre Rusia y Ucrania fue saboteado principalmente por Estados Unidos y Reino Unido. Se rechazó de nuevo la diplomacia, ya que Occidente consideraba que derrotar a Rusia en el campo de batalla y destruir su economía era necesario para restaurar su hegemonía como fundamento de la paz y del llamado orden internacional basado en normas. El secretario general de la OTAN afirmó que las armas son el camino hacia la paz; parafraseando a George Orwell, la guerra es la paz, la ignorancia es la fuerza. La censura de los medios de comunicación rusos y de la disidencia en Occidente apenas permitió que la opinión pública entendiese la postura rusa. Ni uno solo de los principales líderes occidentales abogó por la diplomacia, ya que el término *negociaciones* pasó a ser una palabra disonante utilizada por quintacolumnistas. En su lugar, se organizaron «cumbres de paz» en Copenhague y Yeda; Rusia no fue invitada y tampoco se abordaron las preocupaciones rusas en materia de seguridad ante el expansionismo de la OTAN. El Gobierno ucraniano reconoció abiertamente que el objetivo de estas cumbres

de paz era debilitar a Rusia organizando el mundo en torno a Ucrania.

Occidente pretendía derrotar a Rusia en el campo de batalla, destruir su economía y dejarla aislada en la escena internacional. En lugar de ello, Occidente mostró la debilidad de la hegemonía liberal al provocar un conflicto militar y rechazar todos los esfuerzos por buscar una solución pacífica. El mundo vio que la arquitectura económica internacional podía convertirse en un arma contra cualquiera, fuera mediante sanciones primarias o secundarias. Sin embargo, el resto de países se negaron a alinearse con Occidente y aislar a Rusia; al contrario, se intensificó la transición hacia estructuras económicas y políticas multipolares. El orden mundial hegemónico pretendía elevar los valores liberales basados en principios para trascender el poder político. La guerra levantó el velo liberal y puso de manifiesto que la democracia y los derechos humanos se habían convertido en burdos instrumentos del poder político.

La hegemonía liberal glorifica el dominio de un centro de poder, pero esta narrativa se ha derrumbado. Se ha sugerido que la OTAN no es más que un tercero en discordia que trata de defender el principio westfaliano de soberanía nacional frente a una agresión rusa injustificada, aunque la guerra de Ucrania sea en realidad la consecuencia directa de los esfuerzos llevados a cabo por Occidente para socavar el orden mundial westfaliano y promover un orden mundial hegemónico. La guerra de Ucrania comenzó en 2014, cuando Estados Unidos y sus aliados europeos apoyaron un golpe de Estado en el país para impulsar una arquitectura securitaria paneuropea basada en una hegemonía colectiva. Durante los ocho años siguientes, Ucrania, de la mano de los países de la OTAN, pasó de ser un Estado neutral a una línea de frente contra Rusia marginando a la oposición interna ucraniana, demonizando a Rusia, recortando los derechos democráticos de su propia población rusoparlante, formando un gran ejército e impidiendo cualquier acuerdo de paz y acercamiento a Rusia.

La guerra *proxy* en Ucrania constituye un conflicto entre dos órdenes mundiales rivales: la hegemonía liberal de Occidente y lo

que puede conceptualizarse como un orden mundial multipolar euroasiático-westfaliano. Lo mucho que está en juego en el actual órdago, revela la razón por la que tanto la OTAN como Rusia han estado dispuestas a asumir unos riesgos sin precedentes, incluida la posibilidad de una guerra nuclear.

## RESUMEN

El libro responde a la pregunta «¿hasta qué punto influye la guerra de Ucrania en el orden mundial?». Se centra principalmente en las acciones de Occidente, en la medida en que ha sido la potencia hegemónica colectiva y el principal custodio del orden mundial durante los últimos siglos. Consecuentemente, se centra en el fracaso de Occidente a la hora de ofrecer normas comunes para prevenir y resolver conflictos. Por el contrario, el orden mundial unipolar contribuyó a la guerra de Ucrania, la instigó y la prolongó. Examinar la guerra como consecuencia del colapso del orden mundial no debe interpretarse como un apoyo o legitimación de la misma.

Para contestar a esta pregunta, el libro esboza, en primer lugar, los supuestos teóricos sobre el orden mundial y explora el auge del orden mundial occidentalocéntrico, proporcionando una visión de conjunto de sus fundamentos. A continuación, aborda el ascenso y declive del orden mundial definido como hegemonía liberal tras la Guerra Fría, y la relevancia de la expansión de la OTAN en el desmantelamiento de la arquitectura securitaria paneuropea y de un orden mundial común. En la segunda parte, se examina la crisis ucraniana como campo de batalla clave para determinar la preservación o el abandono de la hegemonía liberal. Estos capítulos se ocupan de la rivalidad por hacerse con la influencia entre 1991 y 2014, la guerra civil entre 2014 y 2022 tras el golpe de Estado, y la invasión rusa a partir de 2022. El último describe cómo la emergencia de un orden mundial euroasiático se ha intensificado fruto de la guerra de Ucrania. Se concluye que el mun-

do está entrando en una época turbulenta, ya que la guerra de Ucrania ha puesto fin a la hegemonía liberal, pero aún no se ha impuesto un sistema multipolar westfaliano.

El Capítulo 2 teoriza el concepto de orden mundial. El orden mundial moderno, que tiene su origen en la Paz de Westfalia, se contrasta con los incentivos de restaurar un sistema de *Pax Romana* que supere la anarquía internacional con hegemonía y valores universales. El equilibrio de poder se traduce también en un «equilibrio de dependencia» geoeconómica, para analizar cómo la disrupción que supuso la Revolución industrial alteró el sistema mercantilista. Se plantea que la lucha por el orden mundial presenta una serie de dilemas como equilibrio de poder *vs.* hegemonía, singularidad cultural *vs.* universalismo y orden *vs.* justicia.

El Capítulo 3 se ocupa del auge del orden mundial occidentalocéntrico. La superioridad militar y el control de los corredores de transporte marítimo permitieron el surgimiento de un mundo con Occidente como centro desde principios del siglo XVI, que fue creciendo a medida que, desde finales del siglo XVIII, la Revolución industrial confirió a Occidente un liderazgo económico. El orden mundial fue reformado por los principios liberales gracias a las revoluciones estadounidense y francesa, la transformación del capitalismo industrial y el posterior auge de las ideologías tras la Primera Guerra Mundial. La influencia del liberalismo económico y político en el orden mundial se convirtió en un reflejo de la distribución internacional del poder.

El Capítulo 4 aborda la *Pax Americana*, el nuevo orden mundial de hegemonía liberal. Tras la Guerra Fría, hubo debates sobre los argumentos a favor y en contra de construir un orden mundial basado en la unipolaridad y el liberalismo frente al restablecimiento del equilibrio de poder. El sistema hegemónico resultó insostenible a medida que Estados Unidos pasó a depender del intervencionismo militar, agotó sus recursos, fracasó a la hora de afrontar los problemas internos, sufrió el declive de su legitimidad en el mundo y, sin querer, incentivó que potencias foráneas

rivalizasen con ellos en cuanto a poder militar, geoeconomía e instituciones políticas.

El Capítulo 5 analiza el declive del liberalismo como principio organizador del orden mundial. La hegemonía liberal sustituyó el derecho internacional por un orden internacional basado en normas y replanteó la diplomacia como misión civilizadora sujeto-objeto. Los excesos del liberalismo político y económico socavaron los cimientos de la cohesión social, y un nuevo liberalismo autoritario hizo cada vez más difícil que Occidente se presentara como paladín de la democracia. El declive cultural debilitó el poder blando, el complejo industrial-militar corrompió la democracia y la gobernanza, las disputas políticas internas influyeron cada vez más en la política exterior y el concepto de sociedad civil global se convirtió en una herramienta del poder estatal.

El Capítulo 6 examina la expansión de la OTAN y el colapso de la seguridad paneuropea y de un orden mundial común. Tras la Guerra Fría surgieron dos modelos rivales de orden mundial que influyeron en la arquitectura securitaria europea. Con la creación de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) se institucionalizó un sistema de equilibrio de poder westfaliano plasmado en una arquitectura securitaria paneuropea inclusiva, que se basaba en una seguridad indivisible, igualdad soberana y una Europa sin líneas divisorias. Al mismo tiempo, la hegemonía liberal en Europa se manifestó con la expansión de la OTAN, que implicaba el abandono de los acuerdos de seguridad paneuropeos basados en los Acuerdos de Helsinki, la Carta de París para una Nueva Europa y la OSCE. Muchos dirigentes estadounidenses y europeos advirtieron de que el expansionismo de la OTAN reavivaría la división Este-Oeste en Europa y posiblemente iniciaría otra Guerra Fría. Sin embargo, las nuevas líneas divisorias también reavivaron una división ideológica, ya que todas las tensiones posteriores se interpretaron en gran medida a través de la heurística de una lucha más amplia entre democracia y autoritarismo. La diplomacia degeneró, los tratados armamentísticos se vinieron abajo y el dilema de seguridad se intensificó.

El Capítulo 7 analiza cómo Ucrania se convirtió en un peón en el tablero europeo entre 1991 y 2014. Ucrania estaba destinada a convertirse en el centro de un conflicto *proxy* entre una hegemonía liberal y un orden mundial westfaliano, ya que es un país dividido en una Europa dividida. La construcción nacional en la Ucrania postsoviética se ha visto dificultada por la falta de una identidad y unos relatos unificadores. La conexión étnica, cultural y lingüística entre ucranianos y rusos se convirtió en un arma de doble filo, ya que la cercanía erosionó la singularidad y diferenciación necesarias para la plena soberanía. Mientras que los ucranianos orientales suelen definir las relaciones con los rusos como un «vínculo fraternal», los ucranianos occidentales tienden a interpretar la historia compartida como un imperialismo que diluyó y socavó el desarrollo de una identidad ucraniana diferenciada. Rusia apoyó a los ucranianos orientales y Occidente respaldó a los nacionalistas ucranianos occidentales, como resultado de visiones opuestas de un orden regional y mundial en lo tocante a la distribución de poder y valores.

El Capítulo 8 describe la guerra civil ucraniana desencadenada por el golpe de Estado respaldado por Occidente en febrero de 2014. La anexión de Crimea por parte de Rusia y el apoyo al Donbás tensionó sobremanera el orden hegemónico liberal. La hegemonía, los valores liberales y el derecho internacional exigían, por principios, un rechazo de la incursión rusa. Sin embargo, ese orden hegemónico se vio respaldado por nacionalistas de extrema derecha que iban a purgar a los elementos de la sociedad favorables a Rusia, encaminando al país hacia la guerra. El nuevo Gobierno de Kiev reprimió la lengua, la cultura y la Iglesia ortodoxa rusas, al tiempo que purgaba los medios de comunicación y los partidos de la oposición, incluida la detención del líder de la oposición. Mientras tanto, Occidente utilizaba los Acuerdos de Minsk aprobados por la ONU para ganar tiempo y armar y entrenar a Ucrania, que se estaba convirtiendo *de facto* en miembro de la OTAN.

El Capítulo 9 examina la invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022 y la subsiguiente guerra *proxy*. La renuencia de la OTAN a

evitar la guerra, el sabotaje de las negociaciones de paz tras la invasión rusa y las continuas escaladas son indicativos del fracaso del orden mundial y de lo que está en juego. El objetivo de la OTAN de debilitar a Rusia como rival estratégico y enviar una señal clara a China podría aportar nuevos bríos a la hegemonía liberal, mientras que una victoria rusa podría restaurar un sistema de equilibrio de poder. A medida que la guerra se prolongaba, el objetivo geoestratégico de debilitar a Rusia ya no cuadraba con la meta de «ayudar a Ucrania», y la OTAN empezó a mostrar más abiertamente su intención de «luchar hasta el último ucraniano».

El Capítulo 10 analiza el surgimiento del orden mundial euroasiático, que se ha intensificado con la guerra de Ucrania. Rusia, China y otros Estados euroasiáticos ya habían diversificado su conectividad económica y aspiraban a un sistema multipolar desde hacía varios años, a medida que cambiaba la distribución internacional del poder. Sin embargo, la guerra demostró la urgencia del desacoplamiento económico de Occidente y acabó con la justificación normativa de la hegemonía liberal. Con independencia del resultado militar, la guerra reveló realidades multipolares, ya que el mundo fuera de la OTAN no aceptó el relato de Occidente, no se sumó a las sanciones y, en cambio, acogió a Rusia económica y políticamente. Los Estados euroasiáticos están encabezando la transición hacia un orden mundial westfaliano multipolar con características euroasiáticas. Las potencias marítimas occidentales pierden su ventaja competitiva frente a las potencias terrestres euroasiáticas a medida que surgen nuevos centros de poder autónomos que rechazan el universalismo liberal en favor de una diferenciación civilizatoria.

Como conclusión, el mundo está entrando en un periodo de desorden al encontrarse en una disyuntiva: hegemonía liberal o multipolaridad. Los Estados que se adapten a las realidades multipolares prosperarán y los que se resistan a los ajustes necesarios contribuirán a la guerra.